

SOBREDOSIS

Catalina Bertón

Para mis padres, que me guían.

Para mis hermanos, que caminan conmigo.

PRIMERA PARTE

I

El sueño se fue. De modo abrupto, el ruido del teléfono de línea la trajo a la realidad.

Ay no, pensó, otra vez no.

Cada mañana la misma historia, aunque los fines de semana era peor. Su hermano, Manuel, se despertaba a una hora obscena solo para molestarla cada día. Entre atender el teléfono y no atender el teléfono... esa era una pelea interna muy fuerte. Después de las primeras semanas de rogarle al hermano que deje de llamar, decidió no atender. El teléfono sonaría por los siguientes diez minutos. Si tenía suerte.

La idea de cortar la línea cada vez era más tentadora.

Marisa pasó del baño a la cocina arrastrando los pies. Las mañanas no le sentaban nada bien y tener que despertar todos los días con el ruido de ese teléfono la volvía aún más irritable. No era solo por su hermano, sino que también estaba su novio, Sebastián, que ya ni traba de ocultar cómo le molestaba tener a Manuel por despertador.

Durante las últimas semanas Manuel había emprendido una campaña que consistía en molestar a Marisa en cada momento del día. ¿El motivo?, que Marisa no falte a su fiesta de cumpleaños. Para su hermano esa fecha era más importante que navidad.

Pero se le estaba yendo la mano. El domingo de mañana, al abrir el diario encontró una sección entera rayada con marcador negro que pedía que este año no faltara a la fiesta. Sebastián ya no pudo morderse la lengua. Juntó su desayuno, lo tiró en la cocina y volvió, hecho una furia, a dejarle saber a Marisa que su hermano cada año estaba más inmaduro. Ella no pudo hacer más que llamar a Manuel para pedirle que no vuelva a rayar el diario, especialmente la sección económica de los domingos. Manuel se disculpó sin demasiado sentimiento y le preguntó, una vez más, si confirmaba su asistencia a la fiesta.

El siguiente domingo encontró el diario intacto. Pero en la sección económica había un sobre con una tarjeta de cumpleaños infantil donde se leía: Manuel te invita a su fiestita. 20 de agosto, hora y lugar a confirmar ¡no faltes!

Sebastián volvió a mostrarse ofendido ante el descaro de su cuñado. Hizo referencia al malgasto de fondos y dio consejo a Marisa de hablar con sus padres para que controlen la cantidad de dinero que le pasaban a su hermano por mes. En un ataque algo desesperado por defender a la sangre de su sangre, ella respondió que Manuel trabajaba y que podía gastar su dinero en lo que quisiera. Entonces Sebastián juntó su desayuno y lo tiró en la cocina. Otra vez.

Marisa pensó en cambiar la estrategia e ignorarlo. Tal vez (solo tal vez) él dejaría de ser tan molesto.

No funcionó. Al ignorarlo, su hermanito colocó doble contingencia en el plan de ataque. Ahora había un pasacalles colgado a la altura del balcón en el apartamento de Marisa y Sebastián donde se leía, en letras de colores, que el 20 de agosto era el cumpleaños de Manuel; además de que las invitaciones y recordatorios solían llegar en los momentos menos esperados... y menos apropiados. Cada mañana, al prender la computadora de su oficina, ella tenía que borrar un email con remitente: *Tu hermano*, con asunto: *Cumpleaños feliz*, con texto: *10 años, hermanita, 10 años*. Y como, al parecer, solo uno no era suficiente para incrementar la culpa en el corazón de Marisa, luego de su recreo para el almuerzo, ella volvía a su oficina y borraba un segundo email, exactamente igual al primero. Esa situación ya se venía repitiendo por un par de semanas. Marisa se decía mentalmente que si perseveraba en ignorar a su hermano, entonces él dejaría de insistir. Pero una partecita muy pequeña (con voz muy fuerte), le decía que se dejara de ilusiones.

Los 10 años a los que Manuel hacía referencia era la cantidad de tiempo que Marisa faltaba a su fiesta de cumpleaños. No era su culpa que él hubiera nacido en una fecha tan terrible. Ella siempre tenía exámenes que preparar o que dar y, una vez que terminó la facultad, entonces tuvo que rendir cuentas a sus jefes, planes de edificios o inspeccionar obras. Trabajaba en una empresa constructora, De González Arquitectos, donde entrar a trabajar no era nada sencillo: tuvo que esmerarse mucho en sus estudios, conseguir notas que la sorprendían a ella misma, dejar de dormir y de salir, perder contacto con amigos y, a veces, hasta con Sebastián, con quién ya eran novios. Y luego de graduarse en tiempo y forma, siguió un año y medio de pasantía en la que trabajaba ocho horas por días, algunos fines de semana incluidos, por lo que solo recibía los viáticos como pago. Lo hizo todo sin quejarse, comprando corrector de ojeras y tomando mucho café. Le costó tanto sacrificio conseguir la oficina que tenía su nombre que consideraba del todo injusto que su hermano la acusara de faltar a una fiesta.

II

La oficina de Marisa fue decorada por un profesional. Walter Cross, el diseñador de interiores que se encargaba de los espacios públicos de los edificios de De González Arquitectos, fue contratado para una remodelación completa de las oficinas de la firma. Coincidió justo con la promoción de Marisa a jefe de sección, por lo que ella dejaba su pequeño escritorio en oficina compartida para tener la propia. También fue una gran suerte que el diseñador la eligiera para que fuera su ayudante: durante los seis primeros meses en oficina propia, Marisa no controló ni una sola obra, sino que escogió colores, mármoles y vidrios para el edificio donde trabajaba. Cada día ella volvía a casa con una sonrisa radiante después de haber metido la mano en diferentes colores de pintura y de haber probado varios sillones para oficinas.

En la puerta se leía su nombre, que estaba grabado arriba del logo de la empresa. Tenía un escritorio de vidrio que alguien de mantenimiento se encargaba de limpiar todas las noches, una pequeña biblioteca con libros de arquitectura y los pocos adornos que había en el lugar eran también blancos o negros, genéricos en todas las oficinas de la empresa. La oficina de Marisa era un canto al orden, a la simetría y a la rigidez de conceptos. Ni un cuadro, nada de colores, lo único personal que ella había agregado era un portarretratos con la foto más espantosa que le habían sacado jamás en su vida: ella estaba con cara de miseria, abrazando a Sebastián, que le devolvía el abrazo. Él sí sonreía a la cámara. Esa foto fue un regalo de aniversario por parte de su novio y, aunque la foto era bastante pésima, el portarretratos costó más de medio mes de pago. Se había vuelto rutina usarlo de aprieta-papeles.

Walter volvió unas semanas después, cuando la oficina estuvo pronta para funcionar con su nuevo diseño. Le regaló a Marisa, como aprecio por su cooperación, dos cuadros de Matisse, llenos de colores y personas andróginas que disfrutaban de la vida. Marisa los aceptó con un abrazo y algunas lágrimas, después de todo, *La alegría de vivir* siempre había sido uno de sus favoritos. Ambos cuadros estaban en el piso, contra la pared, a un lado de la pequeña biblioteca.

Sandra, su secretaria, que era dos cabezas más baja que ella y la miraba con un gesto de madre, entró más de una vez a la oficina con martillo y clavos para colgar los cuadros, pero Marisa siempre estaba demasiado ocupada como para darse unos minutos y llenar de color su oficina. Después de todo, se decía, pasaba mucho tiempo en los nuevos edificios o controlando obras, como para perder más tiempo en su oficina.

En ese momento de su vida, Marisa estaba enfrascada en uno de los mayores desafíos de su carrera: su primer proyecto había sido aceptado por los directores de la empresa (dos hermanos, Hugo y César De González), quienes encontraron el proyecto encantador. Era un pequeño complejo de edificios de viviendas para familias recién formadas, probablemente con niños pequeños o sin niños aún, con parque y juegos infantiles. Presentaba un cambio radical a los otros edificios y condóminos de la firma, todos altos, magistrales. Para que el proyecto fuera aceptado por la firma tuvo que agregarle algunos espacios de lujo, como un spa; pero con ciertas cosas le dieron libertad para ser creativa, entonces en lugar de piscina, iba a tener un parque en la terraza.

Sentía un amor casi maternal por ese proyecto que aún solo existía en papeles y planos bidimensionales. En esa semana tenía que ir a juntas con el maquetista para comenzar el plano tridimensional. Si debía ser sincera, no se sentía tan entusiasmada con esa reunión: en la primera visita, cuando conoció al maquetista, tuvieron una discusión. Él no quiso que Marisa tocara las maderas que luego serían su edificio cuando ella sabía perfectamente donde debía colocar qué. Estuvo a punto de llamar a César De González para decirle que no hacía falta contratar a ningún maquetista, que ella podía hacerlo, pero Sebastián la convenció de que ya tenía demasiado trabajo como para ponerse a jugar con maderitas.

Su novio tenía razón, pensó después, a fin de año ella estaría viendo su proyecto tomar forma en espacio real como para pelearse por la maqueta.

La situación de su hermano y esa molesta insistencia por la fiesta de cumpleaños llegó a un punto de no retorno una mañana cuando Marisa tuvo una junta con la directiva para detallar los pormenores económicos del proyecto. Ya no tenía espacio en su agenda para anotar nada más, tuvo que recurrir a los márgenes. Dudaba que ese año pudiera asistir al cumpleaños de Manuel. Once años consecutivos de ausencia, pero ¿qué podía hacer? Lo veía seguido, a veces se encontraban a almorzar, se llamaban por teléfonos y todos los años ella le regalaba algo grande para su cumpleaños. Manuel no podía ser tan exigente de pedir que vaya a una fiestita, tenía que comprender que el trabajo era más importante.

Solo debía encontrar el momento indicado para decírselo.

Al terminar la junta los números cerraban y el proyecto se volvía un poco más real. Marisa juntó sus papeles despacio, sin apuro por llegar a su oficina, donde le esperaba más papeleo. No se dio cuenta de que César De González se acercó a ella.

—Marisa —la llamó con su voz gruesa—, recibí un email hoy de mañana, es para ti — le dio un papel doblado al medio—. Si tu computadora no funciona bien, avísele a IT.

El jefe se fue y Marisa quedó sola en la sala de juntas, con ese papel doblado al medio y un sentimiento de ansiedad que crecía al segundo porque, sabía, su casilla de correo funcionaba perfectamente. Al abrirlo sus mejillas se volvieron de un rojo intenso, como si hubiera recibido sol a una mala hora en verano.

En el papel se leía:

De: manu_ayala@gmail.com

Para: c.degonzalez@degonzalezarquitectos.com

Asunto: Favor pasar este email a Marisa Ayala Acosta, mi hermana.

Estimado señor De González:

Soy Manuel Ayala, el hermano de la Arquitecta Marisa Ayala, que trabaja para su firma. Le escribo a usted para que, por favor, le haga llegar esta invitación a mi hermana ya que parece que su cuenta de correo electrónico (m.ayala@degonzalezarquitectos.com) no funciona.

El 20 de agosto es mi cumpleaños y con ese motivo voy a realizar una gran fiesta. Me gustaría mucho que mi hermana, que hace 10 AÑOS QUE NO VA A MI CUMPLEAÑOS, apareciera de una vez.

Gracias por su ayuda, señor De González, si usted quiere también puede ir a mi cumpleaños.

Saludos, atte.

Manuel Ayala.

¡Lo mato!

Salió del edificio hecha una furia. El rojo aún seguía en sus mejillas. Había intentado llamar a Sebastián para hacer un poco de catarsis, pero saltó el buzón de voz. Marisa caminó con pasos cortos y rápidos hasta el restaurante al que siempre iba para su almuerzo. El mesero ya sabía qué orden pedir en la cocina. Lo único que ella tuvo que hacer después de saludarlo fue marcar el número de su hermano en el celular y tratar de contener su ira. Tratar.

—Hermanita, al fin —dijo Manuel, en tono jovial.

—¡Manuel, pará de una vez de hacerme pasar vergüenza! El pasacalles ya fue una exageración, pero ¿un email a mi jefe, de verdad, qué querés, que me echen?—lo dijo todo sin respirar.

—Bueno, perdón, no pensé que fuera para tanto.

—Sí, es para tanto. Mi trabajo es importante para mí, por si no te has dado cuenta —a medida que hablaba, Marisa sentía como le era más y más difícil contener la ira.

—Me di cuenta, Marisa, hasta los fines de semana vas a la oficina —Manuel ya no tenía el tono jovial de su primera frase. De a poco comenzaba a mostrar indicios de enojo.

Marisa respiró profundo.

—Manuel, por favor. Si puedo ir a tu cumpleaños voy a ir. Por favor, de verdad, dejá de hacerme pasar vergüenza en mi trabajo y de hacer enojar a Sebastián en casa...

—¿Sebastián está enojado conmigo? —interrumpió él. De pronto el tono jovial volvió a su voz.

—Pará de una vez —dijo Marisa, tajante, y cortó la llamada.

A medida que pasaban los minutos, al disfrutar de su almuerzo en el ambiente tranquilo de ese restaurante, con música suave de fondo y buena comida, Marisa comenzó a sentir que su estado de ánimo volvía a la normalidad: a ser neutral.

Había perdido la costumbre de mirar por la ventana hacía muchos años, cuando confundía a cada persona que pasaba con un amigo que tantos años antes se había ido de Uruguay. Su mesero siempre le ofrecía la mesa de la ventana, que él consideraba la mejor, sin darse cuenta de que Marisa no apreciaba ni la luz ni la vista. Sin embargo, ese día, al sentir que la paz volvía a invadirla, al olvidarse de la insistencia de su hermano en un tema tan infantil, respiró profundo cuando terminó su postre y miró hacia la calle. A todas las personas que caminaban de traje, corbata o tacos, de camino al almuerzo o de vuelta a la oficina. Personas a las que ella se les uniría en un par de minutos para terminar su día laboral.

Y de pronto volvió a pasar.

Se fue tan rápido como llegó, un par de piernas con pantalones anchos y una cabeza llena de rulos locos, mal cortados. Marisa aspiró con fuerza. Al pestañear, ya no había nadie.

Volvió la vista a su postre. Trató de respirar otra vez.

—Arquitecta —dijo el mesero— su almuerzo de hoy ya se pagó, la persona que lo hizo me pidió que le entregara esto —le dio una invitación, exactamente igual a la que había encontrado en la sección económica del diario el domingo anterior.

Manuel.

Hasta la propina había dejado.

III

Sebastián terminó el nudo de su corbata. Era uno de esos nudos nuevos que estaban de moda, de los que aprendió a hacer en su último viaje a París, al que no pudo invitar a Marisa con la excusa de que era por trabajo. Marisa tampoco había insistido, París no era su lugar favorito en el mundo. A decir verdad, había encontrado la ciudad empalagosa y con olor a pis de gato. Sus compañeros de viaje, todos arquitectos recién recibidos, se dedicaron a visitar museos y subir a la torre Eiffel, admirar las obras de arte y de arquitectura, mientras que ella pasó los días caminando por el Sena, comiendo crepes. Así que cuando Sebastián le dijo, con un dejo de orgullo, que iba a ir a París a un seminario de economía de la Unión Europea, ella no sintió ni un poquito de envidia. En cambio, cuando él le dio un beso y, con falso remordimiento, le dijo: “Perdón amor, no te puedo llevar, es por trabajo”, sintió furia.

Él volvió de París con nuevos modales y modismos, como el nudo de su corbata o inventos de comida que había aprendido de restaurantes franceses. Al principio también usaba palabras francesas en medio de oraciones. Entre tantas cosas que trajo, estaba el vestido que ella usaba esa noche: de seda azul marina, largo, tan elegante que a Marisa casi le daba vergüenza usarlo, y brillo, mucho brillo, que resaltaba aún más su piel blanca.

Era la noche de la fiesta de aniversario de la empresa donde Sebastián trabajaba. Una firma contable con sucursales alrededor del mundo (detalle que él no se cansaba de repetir), y todos los años, en esa fiesta para empleados, todos vestían de gala y bailaban la música que tocaba una orquesta en vivo.

Marisa estaba en el balcón, ignorando el pasacalle de Manuel y respirando el aire fresco de la noche de final de verano. El balcón, según ella, era la mejor parte de su apartamento. Sí le gustaba su hogar, estaba decorado con mucho gusto, pero era verdad que a Sebastián le gustaba más que a ella. Sus padres le habían regalado algunos cuadros cuando ellos recién se mudaron juntos, pero los tenían guardados en el armario de la habitación extra. La biblioteca que ocupaba una pared entera y donde también estaba la pantalla gigante, tenía pocos libros, casi todos de contabilidad, muchas películas, todas de guerra y de detectives (especialmente de James Bond, como le gustaba a Sebastián). No había una mota de polvo en toda la casa, pero tampoco era por esfuerzo propio, ya que los dos trabajaban sin parar, Marisa le pagaba a una empleada para que hiciera la limpieza y cocinara. A veces, ella sentía que su hogar no tenía vida.

—Vamos de una vez, Marisa —Sebastián empleó ese tono de voz que hacía sentir que fue él, y no ella, quién estuvo esperando en el balcón. Era un experto en ese tono de voz y después de casi doce años de estar juntos, Marisa ya estaba acostumbrada a ignorarlo.

Doce años. Pensar que cuando comenzaron a salir estaban los dos viviendo en Colonia, en casa de sus padres, recién comenzando preparatorio. Sebastián siempre supo que iba a tener éxito con mucha más convicción que la que ella jamás demostró. Él era un muchacho flaco y largo que se las ingeniaba para salir todos los fines de semana y tener las mejores notas.

Allí estaban esa noche, tantos años después, compartiendo un apartamento que resultaba gigante para los dos solos, un auto que él jamás le dejaba manejar, de camino a una fiesta que a Marisa le resultaba totalmente ajena. Pero a eso también estaba acostumbrada.

Habían pasado tantas costas entre medio. Sebastián ya no era el muchacho flaco y largo con el que comenzó a salir, sino que era un hombre con metas fijas, que luchaba por ellas, que salía a correr todas las mañanas para aflojar sus tensiones. Esa noche, su cabello rubio estaba prolijamente peinado a un costado y sus ojos oscuros tenían el brillo de emoción que lucían cuando era invitado a ese tipo de fiestas.

Marisa bajó la ventana del auto para dejar que el aire de la noche le refrescara el rostro. Sebastián le pidió que la cerrara o se iba a despeinar.

Todos los años era la misma extravagancia esa fiesta. Marisa había dejado hacía mucho tiempo de hacer cálculos mentales de la cantidad de plata que la empresa dejaba para festejar su aniversario. El Gerente de la empresa, que era el jefe de Sebastián, tenía la teoría de que una fiesta era buena si había orquesta en vivo. Todo era tan elegante que Marisa le agradeció internamente a su novio por haberle pedido que cerrara la ventana del auto.

Ella aceptaba y devolvía saludos de los compañeros de trabajo de Sebastián. Cuando él comenzó a conversar con el jefe, Marisa supo que era hora de ir a la ronda de mujeres que estaban cerca de la mesa de bebidas. Odiaba esa parte, especialmente porque nunca podía recordar los nombres de esas mujeres, solo el de Anabela, quién había estudiado toda la carrera con Sebastián. Marisa había estado celosa de Anabela y sus pechos el tiempo suficiente como para no olvidar su nombre. Pero las otras, todas eran demasiado similares entre ellas (igual corte de pelo, estilo de ropa, hasta labial), y tenían un tono de voz del todo molesto. Sin embargo, ella se acercó con su mejor sonrisa, intercambió saludos y las típicas palabras, “tanto tiempo, ¿cómo estás, querida?”, que siempre se decían. Seguro que al final de la fiesta tratarían de organizar alguna reunión solo para las mujeres que nunca sucedería. Como siempre.

Anabela era el centro de atención. Tenía una de esas personalidades chispeantes que sin importar de qué hablaba, los que estaban a su alrededor escuchaban encantados. Desafortunadamente, Marisa nunca había entendido el por qué de eso, entonces solía no decir demasiado en esas reuniones, procuraba asentir con la cabeza y tratar (con todas sus fuerzas) de no mirar el reloj demasiado seguido. Era tan difícil no mirarlo, se dijo cuando notó que levantaba la muñeca...

—Me dijeron que la comida es deliciosa —dijo Amalia... o Amelia... o tal vez era Analía—. El chef es argentino, tiene ese restaurante en Palermo... ¿Cómo es que se llama?, yo soy terrible con los nombres, pero todos lo conocen. Parece que siempre que van a Buenos Aires pasan por este restaurante.

Bueno, pensó Marisa, al menos la comida va a ser buena.

Y vaya si lo era. Manoteó algo de la bandeja del primer mozo que vio pasar con la sola intención de mantenerse ocupada en algo y que eso le sirviera de excusa para no hablar.

—¿Es de verdad tan bueno, Marisa? —preguntó Anabela, que estaba totalmente descreída del cocinero argentino.

—Mi Dios —dijo Marisa—, es delicioso —y, a su juicio, las demás mujeres de la ronda tomaron un bocadito de la bandeja del mesero.

—Nunca pensé que diría esto—dijo Anabela—, ¡pero no puedo esperar a la cena!

De alguna forma, esa frase fue una comedia, porque todas las mujeres comenzaron a reír. Menos Marisa, que se comió otro bocadito.

Solo tenía que soportar esas fiestas dos o tres veces al año. Era un pequeño esfuerzo por la relación. Para Sebastián era importante asistir y dejar buena impresión en sus compañeros de trabajo y jefes. Tres veces al año se ponía un vestido fino, iba a la peluquería para que le arreglaran el cabello y soportaba a Anabela y sus senos perfectos. Mirando la situación de buena gana, no había forma de que Manuel irrumpiera el lugar con ninguna invitación de cumpleaños, por lo que ella decidió enfrentar la situación como un escape a la obsesión de su hermano.

Sebastián fue a buscarla a la ronda de mujeres, donde fue recibido por ellas con sonrisas y palabras cálidas. Marisa siempre tenía la duda de si eso se debía a que era buen compañero de trabajo o porque era a quien había que lamerle las medias. Sea la razón que fuera, a él le encantaban esos tratos cordiales.

—¿Ya les contó Marisa que su proyecto fue aceptado?, lo van a comenzar a construir en unos meses —dijo él.

Sebastián era encantador. Sabía cómo impulsarla, cómo hacerla sentir incluida, se dijo al notar que sus mejillas se volvían coloradas.

—¿Las viviendas?— preguntó Anabela. Nunca había demostrado mucho interés en lo que Marisa hacía o dejaba de hacer, pero ese proyecto de viviendas parecía sacarle canas de colores y cada vez que Sebastián sacaba el tema, la cara de Anabela se transformaba a algo mucho más desagradable.

—Sí, las viviendas —dijo Marisa, con una pequeña sonrisa interna ante la cara de loca de la amiga de su novio.

Y, por suerte, justo en ese momento el jefe de Sebastián subió al escenario y anunció que la cena estaba por ser servida. A ella y a Sebastián les tocaba compartir mesa con los demás mandos altos de la empresa, incluyendo al que acababa de dar el anuncio. Marisa siempre se sentaba al lado de la esposa de él, así por lo menos podía escapar de la conversación, ninguna de las dos esperaba que en esa mesa se hablara de otra cosa que no fuera trabajo.

Sin embargo, esa noche no hubo muchas cosas de qué hablar, todos estaban pendientes de la comida, después del primer bocado la mesa se hundió en el más profundo silencio.

—¡Tan exquisito! —dijo el jefe.

La esposa de él, que se llamaba Raquel y tenía un amor muy particular por las cremas para las arrugas, se acercó a Marisa y le dijo:

—Qué suerte que conseguí el número de este chef. Tiene un restaurante en Palermo, en Buenos Aires, pero parece que se viene a instalar a Montevideo —Marisa la escuchaba mientras comía su entrada, una ensalada de queso de cabra y remolacha, gustos dulces y salados que no lograba definir, que la obligaban a comer más—. Al principio se negó —continuó Raquel—, pero le insistí e insistí hasta que aceptó. Es que él no hace catering, viste, él se dedica a su restaurante. Pero le dije que esto le iba a venir bien para hacerse de clientela en un país nuevo.

—Muy rico —logró decir Marisa entre bocado y bocado.

—Exquisito —Raquel habló como si se tratara de la verdad absoluta.

—¡Qué delicia! —gritó el jefe— ¡Raquel, ¿cómo es el nombre del chef? ¡Qué bueno que está esto!

Marisa bajó la mirada a su plato de ensalada. Ese señor siempre le había resultado muy gracioso, especialmente el contraste con su esposa: él era de mediana altura, bastante fofo y con una tendencia asquerosa a hablar a los gritos, mientras que ella se movía siempre con mucha elegancia. Raquel le había contado una vez que en su primera cita, él la llevó a una bailanta de cumbia. Marisa se había atorado con su bebida al escuchar el testimonio. Imaginar a Raquel tratando de bailar dos-uno, había sido lo mejor de la noche.

El jefe llamó a un mesero con la mano y le pidió que trajera al chef, que lo quería felicitar. Todo eso sin dejar de probar bocado.

Marisa sonrió al ver el plato vacío de Sebastián.

—Así que esta es la ensalada que tengo que hacer en casa para que comas verduras —le dijo.

Sebastián la miró con una sonrisa burlona.

—Cuando cocines así, me caso —dijo él a las risas.

Ella respondió con un fingido gesto de dolor.

Pero el momento de diversión se acabó porque al llegar el chef, Marisa quedó mirando a Tomás directamente a los ojos.

¿Te gusta lo que has leído?

¿Quieres saber cómo sigue la historia?

Lee Sobredosis, por Catalina Bertón.

Publicado por Chiado Editorial, 2017.

¿Dónde puedes conseguir el libro?

En la tienda de la editorial: <https://www.chiadobooks.es/libreria/sobredosis>

¿Estás en Uruguay? Entonces también puedes conseguirla en varias librerías (Libros de la Arena, Escaramuza, La Lupa, El Yelmo de Mambrino, Lirería El Estudiante).

¿Te gustó la historia y querés contactar con la autora?

Catalina.berton@gmail.com